

VISION SOCIAL Y ECONOMICA DE AMERICA

Por Abraham Fernández de Soto

El hombre y la tierra.

Los pronósticos de los geógrafos y de los antropólogos acerca de nuestro Continente fueron, durante los dos siglos inmediatamente anteriores a éste, fatalmente desfavorables. Partieron aquéllos de las hipótesis que desde el siglo XVI enseñaron Bodin y sus seguidores, y más tarde Ratzel y sus discípulos, y según las cuales, el clima condiciona inexorablemente la vida del hombre y de los grupos sociales, y hace imposible, por lo tanto, el asiento de una cultura en aquellos marcos geográficos o climáticos en los que la esterilidad del suelo, lo abrupto de la selva, la presencia de endemias características, la longitud e irregularidad de las distancias al mar, la inestabilidad de las lluvias o su precipitación abundante y permanente, harían que el hombre sucumbiese, vencido por la hostilidad del medio físico, o provocarían su migración hacia aquellos otros lotes universales señalados por Ratzel como “tierras de humanidad”, y bautizadas más tarde por nuestro Profesor López de Mesa como “tierras de pan-llevar”.

Hasta nuestro sabio, joven y heroico Francisco José de Caldas fue víctima de aquella dirección sociológica. Así, pues, en su ensayo titulado “Del influjo del clima sobre los seres organizados”, que vio la luz en el “Semanario del Nuevo Reino de Granada”, publicación que recogió la mayoría de los estudios de la

expedición botánica de Santa Fe, escribió, entre otras afirmaciones, que el hombre está sujeto a las leyes naturales y condicionado por las leyes de la materia; que la temperatura, la densidad del aire, los meteoros, los frutos, los animales, los usos, el ingenio, las costumbres, las facciones, el color, las virtudes, los vicios, "todo varía con el nivel", para concluir con una tan pesimista visión como ésta: "Que se reúnan los efectos del calor y del frío, de la presión atmosférica, de la electricidad, de las montañas, de los vientos, de los ríos, de las selvas, de las lluvias y de los alimentos; que se acumulen sobre los individuos en diferentes proporciones, y combinadas de todos los modos posibles; en fin, que su imperio se perpetúe y pase de generación en generación: los productos variarán como las causas: el hombre adquirirá el color negro, blanco, aceitunado y todas las tintas; su estatura irá desde la gigantesca hasta la pigmea; sus facciones, desde la deformidad hasta la belleza; su moral, desde las virtudes hasta los vicios; y en una palabra, el hombre se modificará en todas sus partes, y cederá a la potencia activa y enérgica del clima. Los animales, con menos recursos que el hombre, no lo podrán seguir a todas las latitudes; el clima los repartirá sobre la superficie del globo, y les señalará límites que no podrán alterar. Las plantas, más expuestas a sus rigores que los animales, tendrán barreras más fijas, y los espacios asignados a cada especie se conocerán mejor. La superficie de la tierra se hallará variada maravillosamente, en todas partes, reinarán el contraste, la belleza y la alegría. Las necesidades de las naciones, sus riquezas, sus sobrantes, su lujo, sus miserias, sus vicios, sus virtudes, variarán con la latitud y con el clima. De aquí la armonía, el comercio, la industria, la rivalidad, las guerras, las artes y cuanto existe en la sociedad".

Una nueva escuela había de substituir a ésta. Pedro de la Blache y sus discípulos Lucien Fevre (*La terre et l'évolution humaine, Renaissance du Livre, Paris, 1920*) y Jean Lacroix (*Les éléments constitutifs de la notion de civilisation, Les conflicts de civilisation, "Semanas Sociales de Francia", Paris, 1936*) afirmaron y comprobaron que no hay necesidades en ninguna parte, sino posibilidades por todas partes, y que el hombre es dueño de sus posibilidades, juzga de su empleo, tal es la última palabra de la geografía humana. Y para citar las hermosas palabras de Lacroix, "Estas posibilidades sin necesidad están en

la naturaleza —en la luz de los cielos y el color de la tierra, en la miel del Himeto, y en la sugestión del mar— pero están también en el hombre: de Homero a Sófocles, y desde Sófocles a Virgilio o Estrabón, no son el cielo, la tierra y las aguas del Mediterráneo las que han cambiado, y, sin embargo, una civilización crece, florece, emigra parcialmente fuera de su tierra natal. Lo que hace una civilización es la conjunción de las posibilidades del hombre con las de la naturaleza. Dichas posibilidades son ciertas, pero su encuentro o conjunción es indeterminado. La tierra, el río y el bosque no entran en la civilización, pero la civilización está hecha de la reacción del hombre sobre la naturaleza, de la naturaleza sobre el hombre, y de su manifestación en obras son las luminosas proporciones del Apolo Picio, el movimiento y la línea de las estatuitas de Tanagra, la dulzura y el esplendor de la lengua griega, la colonización de las costas del mar Jónico. . . Así, desde el comienzo, nos apartamos de la busca de la civilización en el individuo. La civilización no está hecha de los sentimientos del individuo, pero la vemos en las obras que nacen de él; el esfuerzo conjunto de la naturaleza y del hombre, se manifiesta por una producción de nuevo género; su comunión se traduce objetivamente; se extiende y se instituye en el mundo y es en definitiva la realidad de la civilización". En términos menos poéticos, expresa que la geografía apenas suministra el espacio natural que condiciona una cultura, que la moldea según su ritmo; pero ese factor extrínseco no provee a las fuerzas decisivas, a las potencias de creación, inventiva y adecuación del hombre. Es frecuente observación de la historia que la extrema abundancia ha conducido algunas veces a la molicie humana, por cuya causa el aprovechamiento de la riqueza pasiva de la naturaleza no sirvió al hombre para superarse. Por esta misma causa, algunos economistas acertados sostienen que "el suelo que produce sin trabajo sólo fomenta hombres que no saben trabajar", y agregan "que el hombre produce en proporción, no de la fertilidad del suelo que le sirve de instrumento, sino en proporción de la resistencia que el suelo le ofrece para que él produzca".

Si alguna teoría encuentra confirmación sorprendente en nuestra América es ésta que acabamos de esbozar.

Porque si puede hablarse con justicia de la variedad de sus climas, de la riqueza de su vegetación y de su fauna, de la po-

tencialidad económica de sus cerros y montañas, abultados de oro, platino, acero, cobre, estaño y petróleo; y nuestras cartillas geográficas están llenas de las listas de nuestros autóctonos productos alimenticios, animales y medicinales, también es cierto que la mayoría de este Continente está constituido por tierras desérticas, por picos nevados e inhóspites, por la manigua sombría de muchas de nuestras selvas tropicales o por la tundra estéril y raquíta, y nuestras ciudades, al menos las de Sur América, están suspendidas sobre montañas elevadísimas, distanciadas y espaciadas entre sí por no menos gigantescas cadenas de cordilleras en las cuales la vida es más corta y la comunicación con el resto del mundo es irregular, costosa y difícil. Una variedad de endemias tropicales minan periódicamente la vida humana, alcanzando índices desconcertantes de mortalidad. El mismo distanciamiento de los centros agrícolas de producción y la circunstancia de que la variedad climática dentro de un mismo país, por otros aspectos muy favorable, disminuye la posibilidad de complementar, sin grandes esfuerzos de todo orden, una alimentación higiénica y bien combinada, desnubre las gentes y las predispone a ser atacadas con mayor violencia por las plagas y las enfermedades propias de su patología regional.

Sin embargo de toda esta miseria física y fisiológica, el hombre americano ha transformado su universo en una tierra próspera y rica, que es mirada con frecuencia por los continentes viejos como reserva defensiva de la humanidad; la ha acercado a los demás continentes; ha roturado sus montañas, poblado sus selvas, fertilizado sus costas desérticas, trasplantado vegetales foráneos, aclimatándolos con provecho; ha desecado sus pantanos, morigerado las causas productoras de conocidas enfermedades, ha extraído sus riquezas naturales de los sitios más inhóspites y selváticos; ha construido ciudades, allí donde es menester construir también el lote, como dicen los habitantes de Manizales, una ciudad pequeña y próspera, situada en uno de los sitios más quebrados de los Andes y en la cual, por la misma composición del suelo, es frecuente ver que se rebanan los cerros, por un procedimiento bien curioso que consiste en canalizar hacia la parte más elevada un buen chorro de agua que ablande la tierra y permita una más rápida tarea de obreros avezados. Los ciento y más metros de la catedral de Manizales son precisamente la altura que tenía el cerro que hubo necesidad de re-

cortar para edificarla. Este es, desde luego, un ejemplo no más, extraído de nuestras crónicas locales, de todo lo que puede el esfuerzo conjunto y tenaz de un pueblo que quiere vencer los obstáculos que se oponen a su deseo de acomodarse al lote geográfico que Dios le destinó para su faena de dignificación terrenal. En el Brasil, en el Perú y Bolivia, en las mesetas volcánicas de Méjico y Centro América, en los valles del otro lado de las Montañas Rocosas, en el Colorado y el Canadá, encontraríamos, si quisiéramos alargarnos en pormenores innecesarios, ejemplos vivos y elocuentes de esta característica.

Las teorías racistas y su descrédito contemporáneo.

El segundo pronóstico fatalista se refería a nuestra condición de mestizos. Desde la época en que el Conde de Gobineau escribió su comentada obra "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas" para plantear a la consideración del mundo intelectual la tesis de que es la raza, y la raza teutónica exclusivamente, el factor predominante de la cultura, quedamos nosotros reducidos, por nuestra impureza manifiesta de sangre, a la condición de pueblos inferiores, sometidos a todo género de colonias y supeditaciones. Otros habrían de refutar más tarde aquella afirmación y aun participando de la misma teoría antropológica comenzaron, como lo hizo Madison Grant en "El Ocaso de la gran raza", a introducir la confusión en este campo, porque, para él y sus discípulos, no fue la raza teutónica sino la nórdica la patricia de la cultura occidental.

Los estudios de los antropólogos avanzaron mucho más, especialmente en este siglo, hasta llegar a la negación de sus propias conclusiones. Así, por ejemplo, P. Laster y J. Millot, en "Les races humaines" (Collin, Paris, 1936), afirman: "De todas las agrupaciones humanas, la raza es la única basada en la similitud de los caracteres físicos, anatómicos o fisiológicos. Es un hecho únicamente biológico", para concluir, muy en acuerdo con los pronósticos de E. Pittard, "Les races et l'histoire", y de Boule, "Les hommes fossiles", que "Nosotros no creemos ya en la fijeza de las razas humanas. Lejos de tener un valor absoluto, las razas, como las especies y más todavía que ellas, no son sino realizaciones momentáneas, sometidas al medio en el cual vi-

ven, en interacción constante con él y capaces de sufrir las más profundas, y a veces las más rápidas transformaciones". Todo concurre a mostrarnos que las razas, en incesante transformación, son hijas de la herencia y del medio.

Ante el fracaso evidente de las tesis antropológicas de aquella vieja estirpe gobineana, se fue asentando entre los científicos la certidumbre de que no es la raza la que moldea a la nacionalidad, sino al revés. La nación ofrece, sin duda, al hombre un medio. Conjuga la acción de los elementos físicos, como el territorio y el clima, con los hereditarios y los institucionales, históricos, políticos, sociales. Por esta misma causa no se habla hoy de raza bretona, sino de pueblo bretón, como no podría hablarse de raza francesa sino de pueblo francés. Conviven en una misma patria seres de tan diversos orígenes, características y modalidades, que mal podría buscarse en ellos una homogeneidad distinta a la que puede resultar de su conformación al medio físico. El mejor ejemplo de este fenómeno es el pueblo suizo, quizás más elocuente que otros que suelen esbozarse con frecuencia, por la circunstancia de ser un recién nacido en el proceso de formación de las nacionalidades europeas y en el cual, seres humanos pertenecientes a razas tan distintas como la germana y la latina de Francia e Italia, ha consolidado mejor que otra su unidad nacional y ha logrado infundir a sus habitantes, dentro de explicables y naturales particularismos, un estilo, un molde, un alma que los distingue de sus antiguos hermanos en el origen racial.

Si por el lado de la colonización americana, los aportes de varias razas blancas y el de la negra, transportada en galeras, es indiscutible nuestro mestizaje, por el lado de nuestros aborígenes es también probable. De ser ciertas, como parecen, las tesis de Rivet acerca de una triple migración australiana, melanesia y polinesia y las de quienes, por razón de las vetas lingüísticas indígenas, los ritos solares y las formas arquitectónicas, nos atribuyen un origen egipcio, otro mestizaje inicial estaría bullendo en nuestra sangre, que explicaría por sí solo la desconexión de las culturas precolombinas de América, a la cual he de referirme adelante. Del otro lado del Canal de Panamá otro mestizaje surtido de la fusión de diversas nacionalidades europeas y de la China y el Japón, se está operando en la federación norteamericana, en donde, para mayor complejidad de sus

destinos, la línea separatista con el negro puede llegar a sufrir, en no lejano día, un colapso definitivo, cuando el aumento progresivo de los descendientes de esta prolífica raza inclinen hacia su lado la balanza política de los destinos de aquella gran nación.

Todo esto indica que puede generalizarse a toda América el concepto que Eduardo Caballero Calderón había parcializado para el sur del Continente cuando escribió: "Latinoamérica tiende a crear un hombre cósmico, un hombre nuevo en el mundo, producto de todas las razas y todas las influencias y cuya mente estaría abierta a todas las verdades: un hombre-síntesis, pues, como la tierra que lo sustenta".

Respecto a este otro factor del paisaje americano, que trastorna primero el espíritu del inmigrante y lo transforma luego, ha escrito el mismo conocido autor colombiano antes citado: "Si no temiera salpicar el lenguaje común y corriente de locuciones sociológicas que no hacen sino perturbar la gramática y confundir al lector, diría que el europeo es un hombre **histórico** frente al latinoamericano, que es un hombre **espacial**. El primero tiene detrás de sí la urbe, es decir, la historia; y su personalidad se desenvuelve dentro de una atmósfera cargada de influencias espirituales, de la cual va extrayendo las sustancias que la nutren. En cambio ese ambiente ideal se sustituye, para el segundo, por su inconmensurable paisaje".

Para él, pues, la fusión de las sangres y la potencia creadora del paisaje latinoamericano, así como la diversidad de poblamientos que hacen posible, a cortos trechos, mirar las ciudades mulatas, las ciudades indígenas, las ciudades virreinales y los pueblos que surgieron más tarde como ferias del caucho, del café, de la caña de azúcar, cual un mosaico de variados matices y metales, es el resorte oculto de una cultura autóctona, cuyas simientes son la mezcla de sangre y el paisaje abierto.

La desarmonía de las tribus aborígenes.

Esto nos lleva a meditar mucho más hondamente acerca de la autenticidad de aquella tesis y acerca de los gérmenes que, sin duda, actuarían para el florecimiento de una cultura americana.

Si algunas de las culturas aborígenes estaban entrando a un período de significación, como la inca y la maya-azteca, otras en

cambio se caracterizaban por su barbarie y salvajismo, como la de nuestros temibles caribes, o por su pasividad melancólica, como la de nuestros chibchas, o por la adoración de ídolos guerreros, como la de los araucanos. Y aun entre las más destacadas, se encuentra desconexión y desequilibrio, que explican su rápido desaparecimiento ante el contacto de una cultura superior, cuajada de excelencias, como la hispana o la sajona, la lusitana o la francesa. Es frecuente encontrar en los textos de Sociología Americana conceptos como el que transcribo del doctor Manuel José Forero, profesor y escritor colombiano: "Y no obstante la semejanza de origen, de costumbres y religiones y la unidad del medio físico, al menos la de la mayor parte de este Continente, los aborígenes americanos vivieron aislados. Así los encontraron los colonizadores. Y sólo este aislamiento extraño explica el fenómeno de la descompensación de sus culturas, es decir, aquella desigualdad que existió entre las diversas agrupaciones humanas del Continente, que muestran a un mismo tiempo rasgos colectivos y aptitudes elevadísimas, cualidades sobresalientes y vicios deplorables, manifestaciones claras de un espíritu de selección y otras de profundo desfallecimiento". Los muiscas, por ejemplo, demuestran gran ordenación civil y política, rudimentaria industria agrícola, moderada moral, comercio bien extendido, y desconocieron el hierro que guardaba la tierra; los mejicanos, arquitectos, artesanos, orfebres, demostraron tener un profundo desprecio por la vida humana, de la cual es prueba la crueldad de sus guerras floridas; no obstante su desarrollo general, desconocieron la náutica marítima y fluvial y fueron por tal causa incapaces de extender sus fronteras; la nación incásica, tan admirable por la extensión y prestigio de su dominio territorial, por la fastuosidad de sus construcciones, calzadas y acueductos, tuvo una moral relajada, que permitió el incesto entre los reyes y una melancolía extraña y misteriosa que todavía se percibe en el retraimiento temperamental del indígena peruano.

Fue, pues, muy irregular el desarrollo de estas culturas americanas. Si hubiera logrado uniformarse y extenderse, se hubiera fundido desde entonces el destino continental de estos pueblos, a quienes el conquistador encontró desunidos, guerreando en pequeñas reyertas intestinas, sumergidos cada uno en un hermetismo de fronteras y en un aislamiento psicológico y eco-

nómico, que todavía supervive entre las naciones emancipadas, aun a pesar de los avances del progreso material, de la extensión y multiplicidad de sus transportes y de los desarrollos unificadores de su derecho internacional moderno.

El aislacionismo económico.

Resulta que por los lados del espíritu y de las formas institucionales trasplantadas a este Continente pueden señalarse múltiples estirpes o progenies filosóficas que corresponden primero a las suertes de coloniaje que sufrieron estos pueblos, el ibero-hispánico, el inglés, el francés y el portugués, a las religiones que con ellos vinieron, y luégo a los desarrollos antagónicos que sufrió la transubstanciación de las diversas líneas de la civilización occidental, cuya influencia atizó más los motivos de nuestro distanciamiento. Los Estados, porque no cabe hablar en América de naciones en el sentido clásico de la Sociología europea, se formaron de amalgamas inconvenientes de las influencias que ya del lado inglés, ya del francés, ya del norteamericano, se fueron incrustando en nuestro derecho cuando no había dado todavía sus frutos la inspiración social y política del derecho español de Indias.

La desintegración de la economía de los países que forman el haz de Estados latinoamericanos constituye la mejor prueba moderna de aquel hereditario aislamiento. Porque a pesar de que la herencia latina es una síntesis geográfica y racial y religiosa, y sus zonas son complementarias económicamente, cada uno de sus pueblos ha vivido formando casa aparte, en una especie de anticipo de las autarquías nacionalistas agresivas que tanto influyeron en la catástrofe del Continente europeo. Produciendo como producen diferentes materias primas y artículos industriales que bien podían intercambiarse regularmente, los hemos visto competir tozudamente por las condiciones de favor del único comprador que todas a una tienen, estableciendo precios diferenciales de los frutos que como el café producen varios y disputándose además, muchas veces con deslealtad, los beneficios que se derivan de la solidaridad y buen entendimiento con los Estados Unidos de Norteamérica, nación colocada por su primacía financiera y por sus características industriales y políticas en la condición de un hermano rico y generoso, que todo puede

dar, pero de quien es preciso no esperarlo todo ni esperarlo eternamente.

Menos mal que por muchas circunstancias, universalmente conocidas y de las cuales no es menester hablar aquí, la política del panamericanismo ha sufrido últimamente desarrollos que permiten esperar una mayor solidaridad continental y una ayuda mutua encaminada a elevar rápidamente y en grado superlativo el bajo nivel de vida de la mayoría de los países latinoamericanos, a quienes parece haberles correspondido un lote geográfico mucho más difícil de vencer y civilizar.

La aspiración de quebrantar el aislacionismo característico de estos pueblos está en vías más próximas de realización, "se percibe hoy más claramente que nunca dice E. Caballero Calderón, en su ensayo 'Latinoamérica, un mundo por hacer', gracias al desarrollo de las vías de comunicación y al inevitable acercamiento de los pueblos. Cuando esté construída la gran carretera panamericana que comunicará a México con Buenos Aires, la estructuración económica y comercial de las naciones latinoamericanas será un hecho. Por otra parte, en Suramérica existe una red fluvial que hace posible, mediante la construcción de un canal que no es quimera para la ingeniería moderna, la comunicación sin trasbordos entre el río de la Plata y las bocas del Orinoco en Venezuela, al través del Paraná, el San Francisco, el Amazonas, el río Negro y el brazo Casiquiare. Obra de ingeniería, factible también, podría comunicar los dos océanos al través del Atrato y el San Juan, en Colombia, y en Nicaragua al través de los lagos".

La fuerza unificadora de la Colonia española.

Para quienes la influencia del espíritu sigue siendo superior a cualquiera otra se nos presenta claro que los países latinoamericanos, además de los factores políticos y geográficos que confluyen a hacer cada día más sólida la interrelación continental, tienen la fuerza unificadora de la colonización hispana. Menospreciada, escarnecida por una leyenda que comenzó a agitarse por estos mares desde las velas de los piratas, y al fondo de una literatura producida por sus rivales, llegó a quedar supe- ditada por otras formas de civilización y de cultura, en las cuales se inspiró principalmente el movimiento emancipador. Hoy

resurge con todo vigor a la consideración de los sociólogos, de los políticos, de los historiadores y de los simples ciudadanos la excelencia de un movimiento formidable que trasladó aquí la madurez de una corriente cultural, de la cual se nutría España en mucho mayor grado que sus hermanas del Continente europeo, en el momento en que los navíos de la Conquista y la Colonia comenzaron a poblar estas tierras de símbolos expresivos de superioridad en todo campo.

Sin egoísmo alguno, los españoles trajeron todo lo que sus hombres podían dar; el aluvión de la sangre, la tenacidad de su temperamento, el valor de sus conceptos, la unidad religiosa, la hermosura de su lengua, los frutos de su tierra, la técnica de sus instrumentos constructores, la estrategia de su poblamiento y urbanización y el idealismo místico y heroico de sus emperadores y reinas, de sus misioneros y capitanes, que a cambio de puñados de oro, que llegaban disminuídos a la Casa de Contratación de Sevilla, dejaban aquí jalones de la vida y soplos de un espíritu, que es comparable solamente al vientecillo bienhadado que sopla desde los Andes en los días azules del verano tropical.

Dejaron también, nadie lo duda, gérmenes que explican nuestra tendencia a discutir, a acaudillar pueblos y continentes, y signos de un carácter violento que a veces estalla en nuestras nacionalidades alistándolas fácilmente a la guerrilla que siega cabezas de hermanos, asuela campos, destruye chozas humildes y siembra en torno suyo la desolación y la muerte. De otro lado, la conquista fue cruenta, no tanto como suelen pintarlo los portavoces de la leyenda negra, pero fue cruel, como la mayoría de las conquistas. "Parece que sea la crueldad una de las notas características de todo sojuzgamiento", dice un joven escritor colombiano, Héctor Fabio Varela, en un artículo reciente (**Revista Bolívar**, Bogotá, número 8); "Primero la crueldad espiritual, que consiste en suplantar las formas típicas de vida del pueblo conquistado, por las peculiares del pueblo conquistador. Es la conquista un acto revolucionario, es decir, impiadoso, porque elimina por actos de fuerza la autonomía de una nación y la somete a un sistema de gobierno y de pensamiento que no le es propio. Viene como consecuencia la crueldad física, que se ejecuta precisamente sobre las personas mejor calificadas de la población sometida. Y son ellas siempre las víctimas, porque en sus cabe-

zas se personifica el pueblo; de suerte que, al rodar cercenadas, cae en cierto modo el poder que simbolizaban. Ese acto lo hemos visto y lo veremos repetirse cuandoquiera que se opere un cambio de poder, cuando un pueblo someta a otro por la fuerza, cuando una fracción política predomine por imposición sobre otra”.

¿Pero hubo, se pregunta luego, un auténtico legado de la Colonización? —“Ese resultado está a la vista: es la creación de veinte naciones que, cada una con sus caracteres peculiares y sus problemas típicos, están unificadas en el espíritu, vale decir, profesan unos mismos principios civilizadores y usan idénticos instrumentos de expresión. Gracias a la capacidad misionera de España, los pueblos americanos quedaron incorporados a la civilización de Occidente, derivando de tal hecho los beneficios de su cultura y de su técnica. Nosotros, en virtud de la proeza española, no hemos tenido que inventar un idioma, ni una organización social, ni un sistema jurídico, ni una cartilla de valores religiosos y éticos, ni géneros literarios y artísticos. Todas esas cosas las heredamos de España, y con ellas los métodos científicos y las invenciones técnicas, los utensilios de trabajo y las comodidades materiales. Es claro que desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días, se han modificado muchas cosas en el mundo, tanto en las esferas del espíritu como en el orden externo, pero aquella inmarcesible herencia nos ha colocado en aptitud de asimilar las nuevas formas de vida.

“Mas no recibimos apenas de España el legado de su maravillosa cultura, que aún no hemos acabado de asimilar, sino también las portentosas obras materiales que edificó su genio creador a lo largo y ancho de América. Ella no sólo constituyó las sociedades americanas, les transmitió su sangre fundiéndola con la indígena y la africana, les comunicó su idioma y les elevó la moral, sino que, en acción correlativa, construyó ciudades, creó economías sólidas, luchó triunfalmente con las inclemencias de una naturaleza selvática. El visitante de las grandes ciudades como Méjico, Santiago, Caracas o Bogotá, verdaderos emporios de humanidad, no puede menos que pasmarse ante el desarrollo asombroso de una simiente tan fecunda. En el aire, en la tierra y en el mar de América está escrito para siempre el nombre de España”.

Introdujeron aquí, agrego yo, un cuerpo peculiar de leyes, que si encuentra sus orígenes en la vieja y sabia enseñanza de la escolástica medioeval, se revistió de formas peculiares, muy acordes con la situación social y económica de las Indias, en las cuales los revolucionarios modernos encuentran venas riquísimas para lograr la igualdad de las clases, la libertad del hombre, la exaltación del trabajo como título de propiedad, la función social de las tierras y de los capitales, la caridad cristiana como lámpara permanente de la asistencia pública y privada, como programa de pueblos y gobiernos, como sustento ideal y real de la tarea de elevar el nivel de vida de las clases pobres y extender a todos los que aquí vivimos, obreros y campesinos, empleados y maestros, científicos e intelectuales, los beneficios de la civilización y los sabores exquisitos de una cultura ya madurada y bien calificada.

De la imposibilidad de una cultura autóctona americana.

De todo lo que hasta aquí he expuesto se deduce que no estamos los americanos habilitados para crear una cultura autóctona. Porque incrustados dentro de nuestra alma popular están los valores de la cultura occidental que, a través de la variedad hispánica para los latinoamericanos y de las peculiaridades anglosajonas para los norteamericanos, forman ya el substrátum esencial de nuestro modo de vivir y de sentir como grupos étnicos suficientemente conformados. Ya es tarde, de otra parte, para renunciar a ellos. Ni habría razón suficiente para comenzar el redescubrimiento y la reconstrucción de lo que el mundo ya tiene conocido y aceptado como herencia benéfica de un conglomerado de nacionalidades que, desarrollando los principios en que la cultura occidental se asienta, han dado al mundo ejemplos permanentes de superación espiritual y material.

Pero tampoco quiere esto decir que debamos ser un calco de Europa. Nuestra misión es la de asimilar profundamente aquellos valores, haciéndolos substancia vital de nuestro espíritu para que aquí, conformándolos a las características de nuestro mestizaje y de nuestro medio físico, a las circunstancias de nuestra empresa de poblamiento y civilización de lugares que todavía sufren la indigencia aborigen, se produzca, como en cada una de

las naciones europeas, una variedad singular de la civilización cristiana.

La importancia sociológica de la casa.

Vinculada a esa empresa es la obra que vosotros iniciáis en Colombia. "La casa es más que el estado y la nación", ha dicho con acierto un sociólogo norteamericano. Si el hogar es la unión de los seres que fundan la progenie, la casa sobrevive a éstos y se convierte por ello en alero de los que existen, y tumba ideal de los que han muerto; en templo de ritos familiares y más íntimos; en seminario de la propia lengua y de la propia historia; en almacigo de sus amores y dolores, de sus triunfos y derrotas. La casa, como asiento del hogar, por qué no decirlo claramente, es mucho más fuerte que los estados y las naciones, a quienes por su vinculación con los conceptos políticos artificiales puede un día borrar la arbitrariedad de un tratado ilegítimo e injusto o la pesadez de un ejército victorioso.

Ninguna obra de mayor urgencia y de más nobles repercusiones sociales que la de capacitarse para dotar de casas económicas los habitantes de un Continente, en el cual las distancias que separan el campo de las ciudades, la falta de caminos, y el bajo poder ahorrativo de la mayoría de sus habitantes, hacen imposible que por los medios propios de cada uno se construya casa propia, casa limpia e higiénica donde alzar el templo de los afectos y la fábrica de constructoras creaciones, como es el innato deseo de los seres racionales.